

**OBJETIVO GENERAL:** tomar conciencia de que Dios habla de muchas maneras y favorecer las condiciones que nos permitan aprender a escucharle.

## **TEMA 1: BUSCANDO LA LUZ**

### **E.- HUELLAS DE UNA PRESENCIA**

**OBJETIVO:** tomar conciencia de que a Dios, manifestado en Jesucristo, podemos descubrirlo en nuestra vida, como lo descubrieron los primeros discípulos, resucitado de entre los muertos.

*Catecismo de la Iglesia Católica*

*Lectura recomendada: números 65 a 73 y 101 a 104*

## **I. COMUNICACIONES**

## **II. TIEMPO DE ORACIÓN**

## **III. CATEQUESIS**

### **I. EN EL GRAN GRUPO**

#### **I. PRESENTACIÓN**

- Invitar a los miembros del grupo a comentar los asuntos o experiencias que les hayan surgido a partir de las catequesis anteriores.
- Nos hemos preguntado sobre nuestra experiencia de fe, en qué consiste creer para nosotros.
- También nos hemos preguntado sobre Dios: Cuál es la imagen que tenemos de Él, si habla o permanece mudo...
- ¿Está Cristo presente hoy en nuestras vidas?
- Si es así, ¿cómo podemos percibirlo?
- Vamos a intentar profundizar en ello, siguiendo las huellas de los primeros discípulos.

### **II. DINÁMICA EN PEQUEÑOS GRUPOS**

En la misma sala, en pequeños grupos por proximidad, respondemos al siguiente

## I. CUESTIONARIO

**Nota:** tomamos notas, en síntesis, para la puesta en común.

- \* Hay gente que dice que ha visto a Dios, ¿qué opinamos de ello?
- \* También hay gente que dice sentir a Dios presente en sus vidas, ¿nos lo creemos? ¿por qué?
- \* ¿Nos ha ocurrido a nosotros algo parecido? Contamos algún caso.
- \* ¿En qué nos basamos para afirmarlo? ¿Son simples sensaciones, aprensiones, imaginaciones...?
- \* ¿Tenemos algunos datos que nos permitan afirmar, con cierta objetividad, que se trata de una experiencia que nadie nos puede quitar?

## III. EN EL GRAN GRUPO

### I. PUESTA EN COMÚN

Cada grupo comparte una síntesis de lo comentado sobre las dos primeras cuestiones y se anota en la pizarra.

A continuación, se cuentan las experiencias que hayan aparecido y los datos objetivos que las sustentan. Anotar en la pizarra esos datos objetivos.

### II. PROFUNDIZAMOS

- Observamos lo aparecido en la pizarra.
- ¿Qué impresión, qué sentimientos nos produce?
- ¿Estamos de acuerdo en la "objetividad" de los datos aparecidos?
- Vamos a rastrear las huellas que deja Jesús resucitado entre los primeros discípulos, que hablan de la experiencia de haberlo visto.

**Nota:** seguimos el Documento **Huellas de una presencia**. Podemos leerlo y comentarlo.

- Comentamos lo expuesto, aclarando dudas.
- Si es posible, llegamos a alguna conclusión.

## IV. CELEBRACIÓN

- Podemos finalizar la reunión con un breve momento de oración, que permita recoger los sentimientos aparecidos.

## DOCUMENTO PARA LA CATEQUESIS

El evangelio anuncia un hecho que *conmueve los cimientos* de la experiencia humana común (Lc 24, 18; Hch 4, 31): el hecho es que Jesús actúa en la historia *a la manera de Dios*, es decir, como Señor. Así lo proclama Pedro: *Sepa con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado* (Hch 2, 36; cf. 3, 13-18; 4, 10-12; ó 30-31; 10, 36-42; 13, 28-37; 1 Co 15, 3-8; Flp 2, 11). Este es el gran acontecimiento: un muerto, Jesús, condenado y ejecutado por la falsa justicia de un orden religioso y político corrompido, ha sido constituido Señor de la historia. ¡Lo mismo que Dios!

*La Iglesia primitiva tiene experiencia de esto, pues se le ha dado el reconocer a Jesús en los múltiples signos que se producen como fruto de su pascua y a partir de ella. Esos signos son las huellas visibles de su presencia invisible, huellas de una presencia que sigue siendo actual y que constituye el centro de la experiencia cristiana de la fe. Ahora bien, ¿cuáles son los rasgos más comunes de dicha experiencia?*

En efecto, la experiencia de los primeros cristianos presenta, entre otros, estos rasgos que siguen siendo válidos hoy:

- En primer lugar, Jesús resucitado, constituido Señor de la historia, *no es reconocido de pronto*; más bien, los discípulos *tardan en reconocerle*. Así los de Emaús, que en camino de vuelta van compartiendo el fracaso de su esperanza ("nosotros esperábamos"..., Lc 24, 21), le reconocen en la fracción del pan: "entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron" (24, 31), antes, "sus ojos estaban retenidos" (24, 16), han sido un tanto "insensatos y tardos" (24, 25), aunque, ciertamente, un algo especial sí que habían percibido: "¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?" (24, 32); algo parecido sucede a María Magdalena, que, buscándole y no hallándole en medio del llanto, le confunde con el encargado del huerto (Jn 20, 15); Cf. , 1-3): "se volvió y vio que Jesús estaba allí, pero no sabía que era Jesús" (20, 14); también tardan en reconocerle los discípulos en el lago de Tiberíades aquella noche que no pescaron nada: "al amanecer estaba Jesús en la orilla, aunque los discípulos no sabían que fuese él" (Jn 21, 4); a veces, al reconocimiento, precede la turbación, la duda, el sobresalto: "sobresaltados y asustados, creían ver su espíritu" (Lc 24, 37; 24, 38; Jn 20, 25; Mc 16, 8-13; Mt 28, 8.10.17).

- Los discípulos tardan en reconocerle, entre otros motivos (también) porque Jesús ha cambiado profundamente: *su modo de presencia es distinto*. Ya no está presente entre nosotros a la manera de hombre, sino *a la manera de Dios*. Es decir, como Señor. Y así *le van identificando y le van reconociendo* todos; los de Emaús, que retornan a Jerusalén y comparten con los discípulos la buena noticia: "Es verdad. ¡El Señor ha resucitado!" (Lc 24, 34); María Magdalena, que reacciona con una palabra reservada habitualmente a Dios: "Rabbuní" (más solemne que "rabbí", que significa "maestro"; Jn 20, 16); el discípulo amado, que se adelanta a sus compañeros de pesca: "Es el Señor" (Jn 21, 7; 21, 12); Tomás, que pasa de la incredulidad a la fe: "Señor mío y Dios mío" (Jn 20, 28); tras el reconocimiento, se impone la paz, el asombro, la alegría: "Los discípulos se alegraron de ver al Señor" (Jn 20, 20; Lc 24, 41).

- Jesús de Nazaret, constituido Señor de la historia (¡lo mismo que Dios!), es reconocido en *circunstancias ordinarias de la vida*, frecuentemente infra-humanas, en las que irrumpe la buena noticia de la resurrección. Así circunstancias ordinarias son el camino de vuelta y la esperanza frustrada de los de Emaús (Lc 24, 21), la búsqueda infructuosa y el llanto incontenible de la Magdalena (Jn 20, 11-15), la inútil noche oscura de aquellos discípulos que habían vuelto a pescar (Jn 21, 3), la actitud desconfiada escéptica de Tomás (Jn 20, 25).

- Jesús de Nazaret es reconocido como Señor de la historia (¡de esta historia nuestra!) en *medio de acontecimientos que se convierten en signos*.<sup>ii</sup> De modo semejante, a lo largo de la historia, se había reconocido la presencia del Dios de Israel: en medio de acontecimientos *que hablan*, significativos, reveladores. Así los de Emaús le reconocen en la fracción del pan y en todo lo que había ido aconteciendo aquella tarde: la palabra encendida del caminante desconocido, el fuego en el corazón, el sentido de las Escrituras como clave de los acontecimientos sucedidos, la interpelación profunda, el gesto de hospitalidad, la bendición, la mesa compartida, la "increíble" presencia (Lc 24, 32; 24, 25-31); en el conjunto de acontecimientos que suceden en el huerto (como los demás, sobriamente descritos) María Magdalena reconoce a Jesús en la palabra que le dirige a ella (Jn 20, 16); lo mismo sucede a los discípulos: a orillas del lago (Jn 21, 4-13), en el cenáculo (Jn 20, 19-21; Mc. 16, 14-18; Lc 24, 36-49), sobre un monte (Mt 28, 16), a todos ellos se les manifiesta *en su palabra*. Jesús resucitado repite los signos que confirmaron su misión evangelizadora, lo cual permite reconocerle. Dichos signos confirman, además, la misión de los discípulos: "Ellos salieron a predicar, por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que le acompañaban" (Mc 16, 20).

- Jesús resucitado está presente en la historia *a la manera de Dios, como Señor*: sólo es reconocido por creyentes, es decir, por aquellos que llegan a reconocer la acción de Dios en la historia. Jesús resucitado no se hace presente "en la debilidad de la carne y de la sangre", sino "en la dinámica del Espíritu": "nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!", sino por influjo del Espíritu Santo" (1Co 12,3). La resurrección de Jesús y su constitución como Señor es un acontecimiento trascendente, que tiene sus señales históricas, realmente "palpables" por los creyentes. Así éstos pueden decir que Jesús camina con ellos (Lc 24, 15), come y bebe con ellos (24, 30.43), pesca con ellos (Jn 21, 6), se reúne con ellos, se presenta en medio de ellos aunque las puertas estén cerradas (Jn 21, 19). Jesús resucitado está, como Dios vivo, en el corazón de la historia.

- El hecho de que Jesús sea reconocido como Señor de la historia supone un *cambio profundo, radical*: "Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué hemos de hacer, hermanos? Pedro les contestó: Convertíos" (Hch 2, 37; ver 3, 19; 5, 31; Mt. 3, 2; 3, 17; Mc. 1, 2-4; 1, 15; Lc 3, 1-18). En efecto, los primeros cristianos quedan "estupefactos y perplejos" (Hch 1,12), parecen "borrachos" (Lc 13), se vuelven "locos": todo lo ponen en común (2, 42-44; 4, 32-35). Causan especial impacto el cambio espectacular experimentado por Pablo: "¿No es éste el que se ensañaba en Jerusalén contra los que invocan ese nombre?" (Hch 9, 20). El reconocimiento de Jesús como Señor le hace "enloquecer", derriba sus viejos centros de interés, invierte su jerarquía de valores, conmueve los cimientos de su mundo (Flp 3, 7-9). Pablo es un hombre nuevo, desconocido, distinto: un *hombre-*

*anuncio, un hombre-testigo. Su palabra proclamada ya no es simplemente la palabra del predicador, palabra de hombre, sino que viene a ser Palabra de Dios viva y operante en medio del mundo (1Ts. 2, 13). La vida de Pablo ha venido a ser, por la gracia de Dios, el misterio pascual en acto: "y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gá 2,20). Pablo ya no es el mismo: ha abandonado esa justicia y ese orden que han crucificado a Cristo.*

---

<sup>i</sup> Ver *Iniciación al catecumenado de adultos* (ICA) (Edice, Madrid), Doc. 2, p. 4.

<sup>ii</sup> Sobre estos rasgos de la experiencia cristiana de la fe, ver *Manual del educador 1. Guía doctrinal*, del catecismo *Con vosotros está* (Edice, Madrid) tema 13. Por lo que se refiere al *lenguaje de los signos*, ver Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad* (CC) (Edice, Madrid 1983) nn. 116-21 y 217-20; ver también Aparisi, A., 'Pedagogía de los signos de Dios en la acción catequética', en *Teología y catequesis* 1-2 (1983) 37-41.